

Con esta ocasion de tanta tortura, los concejos y vecinos de estas ciudades hicieron entre sí muy estrecha confederacion, atendida la turbacion grande del reino, y los daños y robos y homicidios, y otros muy grandes insultos que se cometian: y para evitar tanto mal, porque pudiesen vivir en alguna seguridad y pacíficamente, trataron de unirse y confederarse en una perpétua amistad y paz. Juntáronse en Jaca los procuradores de estas ciudades, y á 13 del mes de noviembre de este año MCCXXVI. determinaron de unirse y valerse con todo su poder contra cualesquiera personas, salvando en todo el derecho y fidelidad que debian al rey y á su reino, obligándose con juramentos y homenages, que no se pudiesen apartar de esta amistad ni absolverse de aquella jura por ninguna causa, antes se conservase entre ellos siempre esta concordia y union y entre sus sucesores: y juraron de cumplir todos los vecinos desde siete años arriba, so pena de perjuros y traidores á fuero de Aragon, declarando que no pudiesen salvar su fé en corte ni fuera de ella. Por esto dió el rey gran priesa en poner en orden sus gentes, entendiendo que aquella confederacion se hacia por la parte que seguia al infante, y que no solo se conjuraban para su defensa sino para poder ofender.»

¿Quién podria pensar que tanta turbacion y desconcierto, tan hondos males y profundas discordias, tantas agitaciones y revueltas hubieran de ser apaci-

guadas y sosegadas por aquel mismo jóven príncipe contra quien todo parecia conjurarse, y que aquellos poderosos, soberbios y disidentes infantes, prelados, ricos-hombres y caballeros habian de humillar sus frentes y rendir homenaje á aquel mismo monarca á quien hasta entonces tanto habian menospreciado? Así fué, no obstante, para bien de la monarquía, y no estamos lejos de reconocer mas mérito en la manera con que don Jaime supo en tan tierna edad desenvolverse de tantos aprietos y tan enmarañadas complicaciones, sacando á salvo su autoridad y su decoro, que en las grandes empresas y gloriosas conquistas que ejecutó despues. Fuese la maña y tacto precoz con que acertó á concordar las diferencias de algunos magnates para atraerlos á su partido; fuese la entereza varonil y la serenidad imperturbable con que se manejó en los mayores peligros y contrariedades, y hasta en los casos del mayor desamparo, fuese la bizarría y la inteligencia que como guerrero desplegó en aquellas luchas civiles, ya para rescatar á fuerza de armas las ciudades de su señorío, ya para ganar las fortalezas de los barones cuyo bando defendia; fuese tambien que el exceso mismo de los males moviera á los aragoneses á pensar en el remedio y á recobrar aquella sensatez natural que parecia haber perdido, es lo cierto que se fueron agrupando en derredor del monarca muchos ricos-hombres y magnates que le ayudaron á sosegar las alteraciones del reino

y que sus mayores enemigos, En Guillen de Moncada y en Pero Cornel, que el mismo infante don Fernando, el mas inquieto, el mas tenaz y el mas ambicioso de todos, se vieron en el caso y precision de someterse al servicio del rey, á pedirle perdon de sus pasados hierros, y á jurar que en ningun tiempo ni con ocasion alguna moverian guerra ni harian agravio á él ni á sus amigos; que las ciudades de Zaragoza, Huesca y Jaca y sus concejos enviaron procuradores á don Jaime para que hiciesen en su nombre y en manos de los obispos de Tarragona y Lérida y del maestre del Templo juramento de homenaje y de fidelidad al rey (1227). De esta manera fué como por encanto robusteciéndose la autoridad del jóven monarca, y recobrando el reino la tranquilidad y el sosiego de que diez y seis años hacia se habia visto lastimosamente privado. Con esto, y con haber tomado á su mano reponer en la posesion del condado de Urgél á la condesa Aurembiaix, hija del conde Armengol, que le tenia usurpado don Geraldo, vizconde de Cabrera, en cuyo asunto se condujo don Jaime con energía y valor, al propio tiempo que con loable galantería, adquirió mas prestigio el monarca y se consolidó mas la paz del estado (1).

Tranquilo el reino y reconciliados al parecer entre sí los ricos-hombres y barones, inclinado don Jaime

(1) Hist. de don Jaime, cap. 33 al 45.—Zurita, l. II., cap. 82 á 86.

me á las grandes empresas, y tan vigoroso, robusto y desarrollado de cuerpo como de espíritu, aunque todavía no contaba los veinte años cumplidos (1), pensó ya en hacer la guerra á los moros, suspendida por las pasadas disensiones entre sus propios súbditos, y concibió y resolvió el gran proyecto de la conquista de Mallorca. Comienza una nueva era del reinado de don Jaime I. Hé aqui lo que dió ocasion y motivo para acometer aquella gloriosa empresa.

Hallábase el rey en Tarragona, rodeado de muchos nobles catalanes, entre ellos Nuño Sanchez, conde del Rosellon, Hugo de Ampurias, los hermanos Guillen y Ramon de Moncada, Geraldo de Cervellon, Guillermo de Claramunt y varios otros principales señores: habiales convidado á comer, al rey y á todos estos distinguidos barones, un ilustre ciudadano de Barcelona llamado Pedro Martel, el mas diestro y experto marino que entonces se conocia: y como entre otras pláticas ocurriese preguntar á Martel algunas

(1) Desclot hace el siguiente, curioso y minucioso retrato físico y moral de este rey. «El rey de Aragon don Jaime (dice) fué el hombre mas bello del mundo: levantaba un palmo sobre los demas, y era muy bien formado y cumplido de todos sus miembros: tenia el rostro grande, rubicundo y fresco: la nariz larga y recta, ancha y bien formada boca, dientes grandes y muy blancos que parecian perlas, ojos negros, cabellos rubios como hilos de oro, ancho de hombros, cuello largo y delgado, brazos gruesos y bien hechos, hermosas manos, largos dedos, muslos robustos y torneados, piernas largas, derechas, y convenientemente gruesas, pies largos bien hechos y esmeradamente calzados, y fué muy animoso y aprovechado en armas: y fué valiente y dádivoso, y agradable á todo el mundo y muy compasivo: y todo su corazon y su voluntad estaba en guerrear con los sarracenos.» Chron. c. 12.

noticias acerca de la isla de Mallorca, que cae frente á aquella costa, y él comenzase á ponderar la fertilidad de sus campos, la abundancia de maderas de construcción en sus bosques, la comodidad y seguridad de sus puertos, así como á lamentarse de los daños que causaban los corsarios sarracenos de la isla al comercio catalán, encendiéndose el ánimo del joven rey y de sus barones en deseos de conquistar un país que ya sus mayores habían visitado é intentado adquirir. Agregóse á esto que el rey de Mallorca había hecho apresar dos naves catalanas, que cargadas de mercancías cruzaban las aguas de las Baleares, con lo que irritados los barceloneses enviaron un mensajero al príncipe musulmán, pidiendo la restitución de los navíos y la reparación de los perjuicios que habían sufrido de parte de los de su reino. Apenas el embajador espuso su demanda en nombre del rey su señor, preguntóle el mallorquín con orgulloso desden: «¿Y quién es ese rey de quien me hablas?—¿Quién? replicó el barcelonés: el rey de Aragón don Jaime, hijo de don Pedro, el que en la memorable batalla de las Navas de Tolosa desbarató un ejército innumerable de los de tu nación; bien lo sabes tú.» Tan altiva é inesperada respuesta indignó al sarraceno en términos que hubo de felicitarle el barcelonés de poder salir libre de las manos del emir musulmán. De regreso á Barcelona dió cuenta al rey don Jaime de lo ocurrido en su negociación, y no fué menester más para que el

monarca aragonés jurara solemnemente no desistir de la empresa hasta tener á Mallorca y al rey moro en su poder.

A este fin convocó á cortes generales del reino en Barcelona para el mes de diciembre de 1228. Congregáronse, pues, en el antiguo palacio todos los prebendados, barones, caballeros y procuradores de las ciudades y villas de Cataluña. El rey expuso á la asamblea en un sencillo y enérgico razonamiento el designio que tenía de servir á Dios en la guerra de Mallorca, reprimiendo la soberbia de aquellos infieles y ganando aquellos dominios para la cristiandad. Sus palabras fueron acogidas con unánime entusiasmo. El anciano arzobispo de Tarragona, Aspargo, sintió tan viva emoción de alegría que exclamó: *Ecce filii meus dilectus, in quo mihi bene complacui*, y ofreció contribuir con mil marcos de oro, doscientos caballeros bien armados y mil ballesteros sostenidos á sus expensas hasta la conquista de la isla: y como el rey no le permitiese á causa de su avanzada edad acompañar personalmente la expedición, según quería, dió por lo menos permiso á todos los obispos y abades de su metrópoli para que siguiesen el ejército. El obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, prometió concurrir en persona con cien ginetes y mil infantes, también mantenidos á su costa. Los prebendados de Gerona y de Tarazona, el abad de San Felio de Guixols, los priores, canónigos y superiores de las órdenes reli-

gias; los templarios, todos ofrecieron sus personas, sus hombres de armas, sus sirvientes y sus haberes para la santa empresa. Con no menos celo que los eclesiásticos, ofreciéronse también los barones á concurrir con sus personas y con sus respectivos contingentes de hombres y de mantenimientos. Don Nuño Sanchez, conde de Rosellon, de Conflent y de Cerdaña, Hugo de Ampurias, el vizconde de Bearne, Guillermo de Mòncada, Bernardo de Santa Engracia, Pedro Ramon de Ager, todos á competencia prometian ir con toda la gente de guerra que cada cual podia llevar, y el rey por su parte ofreció concurrir con doscientos caballeros de Aragon, valientes y bien montados y armados, quinientos donceles escogidos, gente de á pie la que fuese necesaria, con máquinas é ingenios de guerra. Decretóse otra vez por extraordinario el subsidio del bovage, y la ciudad de Barcelona puso á disposicion del rey cuantas naves y embarcaciones de todos tamaños poseia. Acordóse allí que las tierras que se conquistaran y los despojos que se cogieran se repartirian por justas partes entre los concurrentes, segun la gente que cada cual llevase y los gastos que hiciese, reservándose el rey los palacios y el supremo dominio de los castillos y fortalezas, y nombrando jueces para la particion al obispo de Barcelona, á los condes de Rosellon, de Ampurias, de Bearne, de Cardona y de Cervera. El monarca y los barones lo juraron así, y despidióse la asamblea

conviniendo todos en hallarse reunidos en Tarragona para el agosto siguiente.

Mientras se aprestaban los hombres, las galeras y los bastimentos necesarios, el rey se encaminó hácia Aragon, donde fué á encontrarle el rey de Valencia, Ceid Abu Zeyd, que acababa de ser despojado del reino por Giomail ben Zeyan, ó con motivo ó con pretexto de querer aquel hacerse cristiano. El destronado musulman invocó la ayuda del rey de Aragon contra los rebeldes valencianos, y concertóse entre los dos que el aragonés ayudaria á Abu Zeyd contra los que le habian despojado del reino, y que éste cederia á don Jaime la cuarta parte de las villas y castillos que recobrará. Con tal motivo muchos caballeros aragoneses suplicaron al rey, por medio del legado del papa, cardenal de Santa Sabina, que se encontraba allí á la sazón, que en lugar de emplear las fuerzas del reino en la conquista de Mallorca las empleara en someter á Valencia que estaba mas cerca, y cuya reduccion sería mas fácil y mas provechosa. Contestó el rey con su acostumbrada entereza que aquello era lo que habia jurado y aquello cumpliria. Y tomó de mano del cardenal legado el cordon y la cruz, que él mismo le cosió al hombro derecho. El cardenal habia mirado al rey muy atentamente, y al verle tan jóven le dijo: «Hijo mio, el pensamiento de tan grande empresa no ha podido ser vuestro, sino inspirado por Dios: él la conduzca al término feliz que vos deseáis.»

Toda Cataluña se hallaba en movimiento desde los primeros dias de la primavera (1229): Aragon, aunque miraba la empresa con menos entusiasmo, no dejó de aprontar respetables contingentes: el puerto de donde la armada habia de darse á la vela era Salou: antes de mediado agosto ya se hallaban reunidos en Tarragona el rey, los prelados, los ricos-hombres y barones catalanes y aragoneses. La flota se componia de veinticinco naves gruesas, de diez y ocho táridas, doce galeras y hasta cien galeones, de modo que ascendian entre todas á ciento cincuenta y cinco embarcaciones, entre ellas un navío de Narbona de tres puentes, sin contar una multitud de barcos de transporte. Iban en la armada quince mil hombres de á pie y mil quinientos caballos, y ademas no pocos voluntarios genoveses y provenzales que se les reunieron. Señalado el día y dispuesto el orden en que habian de partir las naves, de las cuales habia de ir la primera la que guiaba Nicolás Bovet y en que iba el vizconde de Bearne Guillermo de Moncada, oida misa en la catedral de Barcelona, y despues de haber comulgado el rey, los barones y todo el ejército (piadosa preparacion que jamás omitia el rey don Jaime), dióse al viento la flota en la madrugada del miércoles 6 de setiembre (1229), siendo el rey el postrero que se embarcó en una galera de Montpellier, por haber esperado en Tarragona á recoger mil hombres mas que solicitaban incorporarse en la expedicion.

Habian navegado veinte millas cuando se levantó una furiosa tempestad que movió á los cómitres y pilotos á aconsejar al rey se hiciese todo lo posible por regresar al puerto de Tarragona, pues no habia medio de poder arribar á la isla. «Eso no haré yo por nada del mundo, contestó don Jaime: este viage emprendí confiado en Dios, y pues en su nombre vamos, él nos guiará.» Al ver la resolucion del monarca todos callaron y siguieron. La tempestad fué arreciando y las olas cruzaban por encima de las naves. Calmó al fin algun tanto la borrasca, y al dia siguiente se descubrió la isla de Mallorca. Hubieran querido abordar al puerto de Pollenza, pero levantóse un viento contrario, tan terrible y tempestuoso que los obligó á ganar la Palomera. Llegó allí la cruzada sin haberse perdido un solo leño, y amarráronse las naves en el escarpado islote de Pantaleu, separado de la tierra como un tiro de ballesta.

Refrescábase allí el ejército y reposaba algun tanto de las fatigas de tan penosa expedicion, cuando se vió á un sarraceno dirigirse á nado al campo cristiano, y saliendo de las aguas y acercándose al rey, puesto ante él de rodillas le manifestó que iba á informarle del estado en que aquel reino se hallaba. Que el rey de Mallorca tenia á su servicio cuarenta y dos mil soldados, de los cuales cinco mil de caballería, con los que esperaba impedir el desembarco de los cristianos, y que así lo que convenia era que desembarcase

pronto en cualquier punto que fuese, antes que el rey moro pudiera salirle al encuentro. Agradeció el rey el aviso<sup>(1)</sup>, y dió orden á sus mejores capitanes para que aquella noche en el mayor silencio levasen anclas, y con doce galeras remolcando cada una su navío fuesen costeando la isla. Arribaron estas la mañana siguiente á Santa Ponza, donde no se veían sarracenos que impidiesen el desembarque. El primero que saltó á tierra fué un soldado catalan llamado Bernaldo Ruy de Meya (que despues se llamó Bernaldo de Argentona, á quien el rey hizo merced del término de Santa Ponza), que con bandera en mano y subiendo por un escarpado repecho excitaba á los de la armada á que le siguiesen. De los ricos-hombres y barones los primeros que saltaron fueron don Nuño, don Ramon de Montcada, el maestre del Templo, Bernaldo de Santa Eugenia y Gilberto de Cruilles. Otros muchos caballeros siguieron el ejemplo de los intrépidos catalanes. No tardaron en presentarse los moros y comenzaron los combates. Don Jaime acudió con precipitacion á unirse con sus adalides y á tomar parte en aquella lucha gloriosa, que habia comenzado bajo buenos auspicios para los cristianos. El emir musulman con el grueso

(1) No nos dicen las crónicas que pudo mover á este musulman, que nombran Ali, á dar este aviso al rey de Aragon. Solo Desclot indica que su madre era hechicera, y que en su arte habia hallado que aquel reino habia de ser conquistado por él. Zurita lib III. c. 4. Don Jaime en su Historia, cap. 57, cuenta tambien esta aventura del moro. Desclot dice que habló al rey en su latin, «en sou latí.»

de su ejército acampaba cerca de Porto Pí. El ardor de pelear impulsó á un cuerpo de cinco mil cristianos á avanzar inconsideradamente y sin orden hácia el enemigo. Aquellos temerarios se vieron envueltos entre una numerosa morisma, que los llevaba ya de vencida, y hubiera podido acabarlos, si el rey no hubiera acudido tan á tiempo á incorporarse con don Nuño. A poca distancia de éste se distinguia al príncipe sarraceno montado en un caballo blanco, llevando á su lado una bandera, en cuya punta se veia clavada una cabeza humana. El primer impulso de don Jaime fué arremeter derechamente al emir de los infietes<sup>(1)</sup>, pero detuviéronle don Nuño y otros barones tomándole las bridas de su caballo. Ya los cristianos se retiraban en huida entre la espantosa gritería de los sarracenos, cuando algunos caudillos cristianos gritaron: «Vergüenza! vergüenza! ¡A ellos!» Realentáronse con esto otra vez los fugitivos, y cargando resueltamente sobre los moros los arrollaron haciéndoles abandonar el campo de batalla. El rey musulman huyendo á toda brida pudo ganar las montañas que se elevan al Norte de Palma, y solo á favor de una estratagemá logró en una noche oscura entrar en la ciudad, donde procuró hacerse fuerte.

El triunfo de los cristianos habia sido decisivo,

(1) Segun Conde, llamábase cap. 76: Mariana, Zurita y otros este Said ben Albaken ben Otman. historiadores le llaman Rotabohi-Part. IV., c. 2. Don Jaime en su he, y Romey supone que este era Historiale nombra Jeque Abohihe, el nombre de su caballo.